

## PRAEFATIO

«La distinción entre pasado, presente y futuro es solo una ilusión obstinadamente persistente».

Albert Einstein

### **Cómo se escribe la historia y qué tiene que ver esto con los cotilleos**

Pues al principio, ninguna civilización, bueno, más bien nadie, sabía escribir. Éramos todos unos brutos. Me refiero al principio de los tiempos, cuando una buena pedrada valía más que mil palabras. A esa época primitiva la llamamos prehistoria. Nadie dejó escrito quién era, ni con quién andaba, ni si su vecina era una envidiosa ni por qué no querían que se afincaran neandertales en la vecindad. De esa edad empedrada poco sabemos, aunque abarca la mayor parte del tiempo que el ser humano ha sido ser humano. Desconocemos los cotilleos de entonces, por eso la Edad de Piedra resulta tan aburrida.

Después, viene la protohistoria. En esta época ya hay algunas ciudades por ahí, por oriente, y algunas de estas civilizaciones saben escribir. No solo nos escriben sobre ellas mismas, sino que también lo hacen sobre otras civilizaciones y pueblos que van conociendo por esos mundos de Dios que van recorriendo y buscando bares abiertos (o estaño para hacer bronce), y en vez de eso encuentran civilizaciones que todavía no saben escribir o cuyos escritos no han sobrevivido a los *millenials*, digo a los milenios. En esos tiempos pretéritos nace el antecesor de nuestro alfabeto, de nuestras letras: el llamado proto-sináptico, una forma de escribir anterior al fenicio en el que cada símbolo terminará siendo una sola letra para que no sea todo un lío. En ese proto-sináptico, el símbolo Mem por ejemplo, que se dibujaba como una onda y significaba «agua», daría, con el paso de los siglos, origen a la letra «M» (que si te fijas es como una onda) y el símbolo Ayin, que significaba «ojo» y se dibujaba casualmente como un ojo, terminó siendo nuestra letra «O» (que se parece a un ojo de esos de «ojos verdes, verdes como, la albahaca»...). Por fin podíamos escribirnos mensajes y enviarnos cartas criticando a la vecina, que estaba «apoyá en el quicio de la mancebía», como en la misma copla. Este alfabeto tan majo se convirtió en el fenicio, y ese, a su vez, en el griego arcaico, y de ahí evolucionó al griego y posteriormente al latino. El nuestro. El alfabeto latino es el alfabeto que seguimos utilizando casi tres mil años después. Nuestras letras son todavía las letras romanas. Lógico, si es que, ¡somos romanos!

Es más, como los bárbaros no sabían escribir, ya que estaban en la protohistoria cuando les conocimos, ellos también adoptaron nuestro alfabeto para sus idiomas burdos, por eso nuestras letras son casi universales. De hecho, la palabra bárbaro, del latín barbarus, se origina en una onomatopeya griega (bar, bar) que hace referencia a que no se les entendía al hablar, que es que hablaban y hablaban y solo se les entendía: «bar, bar, bar» (otros que buscaban bares abiertos), y por eso los griegos, primero, y luego nosotros, los llamamos bárbaros. Además de su forma de hablar extraña y que no supieran escribir, también chocaba mucho que vivieran en sitios espantosos donde llueve todo el rato, o hace frío, o es de noche a las cuatro, o donde todo son bosques húmedos de penumbra, en vez de vivir a orillas del Mediterráneo, donde nos lo pasamos chachi piruli y se come como en ningún sitio, además de que hay buen vino. Me acuerdo de un monólogo de Luis Piedrahita en el que se preguntaba que si los humanos se desperdigaron por el mundo, qué hizo que un grupo después de la larga migración, se detuviera en el polo (los futuros esquimales) y dijera: «Pues aquí nos quedamos, que tiene esto buena pinta...». En fin. Tanto hablar del tema de qué bien se vive en typical Spain, y resulta que al cabo de los siglos los bárbaros decidieron instalarse por aquí a lo loco en cuanto nos distrajimos; primero los vándalos, suevos, alanos y godos, y todavía

mil y pico años después vienen sus descendientes en hordas turísticas; cuando son jóvenes se pillan unas cogorza bárbaras y se asoman mucho a los balcones; luego, los que sobreviven, cuando se hacen mayores,

se compran una casa por Levante y se instalan aquí para echar de menos la lluvia y ver partidos de rugby en una terraza.

El caso es que, volviendo al principio de los tiempos, que me voy por las ramas a la que me descuido, después de la prehistoria y la protohistoria, viene por fin la historia, cuando todas las civilizaciones tienen la capacidad de escribir y, por lo tanto, de dejarnos constancia documental de quiénes somos y lo que hacemos cada cual. A partir de aquí nos cuentan lo majos que son y lo malos que son todos los demás, que hemos tenido que invadirlos porque los helvecios estaban entrando en la Galia, así que mejor entramos nosotros, echamos a los helvecios y nos quedamos en la Galia, pero haciéndoles un favor, ¿vale? Vale, hasta aquí bien, total, el que escribe, escribe que él es el que tiene razón y a lo mejor por eso mismo los problemas, cuando por fin sabemos escribir, en vez de solucionarse se complican y son varios y variados. Para empezar, resulta que no todo lo escrito se conserva por los siglos de los siglos; para seguir, sucede que no todo lo escrito y teóricamente conservado es el original y, además, para terminar, y aquí te quiero ver, amigo, es que resulta que no todo lo escrito, por el simple hecho de ser antiguo, es cierto. Por ejemplo, imagínate que, sobre la invasión de Ucrania de 2022, dentro de mil años solo se conserva, por una de esas casualidades, lo que dice Putin sobre «su operación especial», pero no la versión del resto del mundo, sobre todo del democrático. Pues entonces los historiadores del futuro, si solo se basaran en los escritos de Putin, en lo conservado, escribirían la historia de una manera un pelín tergiversada, ¿no? Diciendo que la OTAN obligó a Ucrania a atacar a Rusia, que Rusia se defendió invadiéndola, que Ucrania estaba dirigida por un judío nazi (¿?), que Putin es el líder más valorado y guapetón del mundo... Pues a lo mejor eso es lo que nos está pasando con respecto al pasado, pero no lo sabemos. Por ejemplo, para la época del Alto Imperio, todas las fuentes escritas que tenemos son... poco fiables, por decirlo finamente, pero son las que tenemos. Como las hemos utilizado durante mil y muchos años, consideramos cierto casi todo lo que ponen y llamamos, por ejemplo, un loco peligroso al emperador Calígula, básicamente porque vimos una peli medio porno con Malcolm McDowell interpretándole (y Malcolm también hacía del depravado Alex en La naranja mecánica), o porque de pequeños vimos una serie inglesa de la BBC basada en una novela, basada, a su vez, en Suetonio, quien pone a Calígula a caer de un burro cuando escribe sobre su reinado unos setenta u ochenta años después de la muerte del emperador. Vamos, que no estaba allí en un rincón para ir anotando lo que pasaba, sino que él, a su vez, se basa en vete a saber qué. Seguramente en lo que cotilleaban los más viejos sirvientes de palacio, que repetían los chismes más jugosos que, al mismo tiempo, les habían contado a ellos muchos, muchos años antes en alguna noche de borrachera de mulsum en las cocinas de Palacio.

De hecho, lo que sabemos de los emperadores son solo habladurías, y cuanto más escabrosas, mejor nos las sabemos. Si salimos a preguntar a la calle sobre qué opina la gente acerca de Nerón o de Calígula, o incluso de Tiberio, muchos nos contestarán tal o cual cosa (por lo menos todo quisque sabe que a uno de ellos le gustaba «jugar con fuego»). En cambio, si les preguntamos por Trajano, el mejor emperador de su historia según los propios romanos (junto con Augusto), pues... nop, ni idea... y eso que era hispano... Por ejemplo, mucha gente cree que Calígula nombró cónsul o senador a su caballo Incitato, pero, que sepamos, es mentira. Esta animalada ni siquiera la llegan a decir Suetonio ni Casio, los que escribieron lo que ha sobrevivido y que nos hablan del tema. Lo hemos exagerado porque lo vimos en Yo, Claudio. No sé si es que solo nos gustan los escándalos o que solo nos creemos las exageraciones, los exabruptos. Desde luego, las noticias son lo que se sale de la norma; nadie hace un noticiero para decir que no ha pasado hoy nada reseñable: «todo bien, no News, good News, devolvemos la conexión, que sigan ustedes bien», ni nadie escribe una biografía sin sacarle los colores al biografado. Sobre todo, si el que te paga el trabajo odia al personaje en cuestión y a toda su parentela. El humorista Jerry Seinfeld dijo que le chocaba que en los periódicos siempre les caben justas todas las noticias; nunca les sobra espacio, nunca les falta sitio; es como si cuando lo tienen completito, lleno de letras, fotos y anuncios de principio a fin, dijeran: «¡Imprímelo ya, no sea que pase algo nuevo y no nos quepa!»... Tampoco salen nunca con páginas en blanco. «Es que no ha pasado nada más, qué quieres que le haga»...

Desde la siguiente dinastía tras los Julio-Claudios, y luego con más fuerza mientras se hacía fuerte el largo brazo del cristianismo, todos los propagandistas que han escrito la historia, es decir, casi todos durante más de un milenio, han procurado dibujar a los emperadores paganos como a unas bestias pardas. De

hecho, se esforzaron bastante en intentar que no quedara ni una puñetera estatua que los representara, con que, si rompieron la piedra y fundieron el bronce, qué no habrán hecho con los papeles... Además, todos recordamos más, evidentemente, las excepciones que las normas, más las barbaridades que las cosas comunes. Todos los días despegan y aterrizan miles y miles de aviones y eso no es noticia; la noticia es que uno despegue y luego no aterrice... también si vas a una fiesta te acuerdas de quién se pilló una buena y se puso a bailar en la mesa, no de los demás que desde los rincones simplemente se ponían hasta arriba de todos los canapés que veían pasar mientras bebían solo de lo caro sin hacerse notar. Los escándalos se recuerdan más que los anuncios del tipo: «Fueron felices y comieron perdices». Ahí precisamente, fíjate que no es casualidad, es donde se terminan los cuentos, donde acaban los relatos, donde ya no hay más que contar. Todo fue bien a partir de aquí. Fin de

la historia.

Resumiendo mucho, pero mucho, las fuentes principales que tenemos para las vidas de los emperadores romanos son estas: Dion Casio, que escribe en el siglo III su *Historia Romana* y que es considerado un mentiroso compulsivo, ya que es claramente tendencioso y, además, copia a los anteriores en lo que le interesa, sin hallar fuentes más originales. Copia y pega. También está Plutarco y su *Vidas paralelas*, que escribe biografías sobre las que él mismo nos explica que: «No escribimos historias, sino vidas», es decir, que le preocupaba más retratar el carácter del personaje que sus acciones, «dejando a otros los hechos de gran apariencia y los combates». Pues empezamos bien, amigo. Así que, de historia, *na de na*. Luego está Suetonio, a quien ya hemos mencionado, que escribe en tiempos de Adriano su *Vidas de los doce césares*, es decir, que escribe en el siguiente siglo y bajo otra dinastía, en una época en la que ni siquiera existía la Wikipedia. Su obra repasa todos los cotilleos que en palacio se contaban sobre los primeros césares, y se la considera superficial y tendenciosa, pero esto es todo amigos, es lo que hay.

Tácito, otro de los historiadores de esta época, escribió los *Anales*, también en el siglo ii. En ellos se hablaba de los reinados de Augusto a Nerón, pero ¡ay!, solo se conservan los cuatro primeros libros, algunas partes del quinto y el sexto y del libro XI al XVI con bastantes huecos. Vamos, un cromó. En su *Historia*, el otro libro que nos importa de Tácito para nuestras cosas romanas, habla de los emperadores entre Nerón y Domiciano, pero de estas «historias», se han conservado solo los cuatro primeros libros (y parte del quinto) de un total teórico de catorce. Una puñetera pena.

Eso nos deja la *Historia Augusta*, una edición de 1603 en la que se compilan unos cuantos textos de un manuscrito del siglo ix, que ni siquiera sabemos quién la escribió y que se piensa que fue redactada a finales del siglo iv. Casi todo lo que contiene es considerado por completo falso o directamente inventado, ¡vaya por Dios!

Y esta es solo la primera parte contratante de la primera parte contratante. El primero de nuestros problemas; lo poco conservado y su escasa fiabilidad.

La primera biblioteca pública de Roma la fundó Julio César en una época en que si querías tener un libro, hacías lo que hacemos ahora, ir a la librería donde te atendía el librero (*librarius*) y comprarlo. La diferencia es que no te lo llevabas puesto; lo encargabas, como si lo compraras por internet o lo tuvieras que pedir porque no lo tienen: «Hola, muy buenas, *mireusté*, que yo es que quería *La Eneida*». «Pues muy bien, caballero, la tendrá preparada en siete días; *La Eneida* son XII libros y vienen en un estuche de cuero redondo monísimo, impermeable y con remaches de latón. Cada libro viene enrollado individualmente en papiro del bueno. ¿Quiere que se la enviemos a su *domus* cuando esté preparada? Si usted es cliente *praemium* (palabra latina que significa «premio») no le costará nada el envío». Como dijo el premio Nobel Paul Krugman: «Puedes comprar libros en línea y encontrar lo que buscas, pero es en las librerías donde encuentras lo que no estabas buscando». Bueno, pues en las librerías romanas, había de todo.

El librero tenía varios escribas copiando los libros a medida que se los encargaban o cuando alguien iba a presentar su nueva obra. Alguna de estas copias (a veces, afortunadamente, unas cuantas) es lo que se ha ido conservando a lo largo de los siglos, al menos hasta el medievo. De todas las obras que se escribieron en Grecia y Roma, solo se conservan unas seis mil setecientas. Tal vez menos del 1% de las que escribieron. La inmensísima mayoría se perdieron en el proceloso mar del tiempo.